

LATINOAMERICANO

América Latina está de moda en la prolífica literatura europea y norteamericana de tipo socio-religioso. Parece ser una especie de laboratorio social donde sociólogos y aprendices de sociólogos ponen a prueba hipótesis de trabajo, expuestas en un lenguaje erudito que deja estupefactos a los no iniciados en la jerga sociológica tan en boga hoy día.

No todo es cizaña en esta inundación de papel impreso. Aquí y allá se aprecian intuiciones brillantes y estudios meritorios que saben valorar debidamente la realidad socio-religiosa latinoamericana. Por desgracia, estas joyas son raras. No pocos autores se lanzan a enjuiciar la compleja situación religiosa y social de nuestra América Latina con una audacia digna de mejor causa y un bagaje escaso de conocimientos antropológicos e históricos. Son los nuevos "descubridores" que, a velas desplegadas de ciertas teorías sociológicas, llegan con retraso a las playas de un continente inmenso y desconocido pero cargado de historia y de cultura.

Conclusiones negativas

Con verdadero ojo clínico han tratado de diagnosticar los males de la situación religiosa del continente. Para ello se han servido de hipótesis de trabajo, en más de una ocasión habilmente adobadas y a veces dudosamente comprobadas. Si se hubieran detenido aquí, poco tendríamos que objetar. La lástima es que se sirven de este procedimiento para diseminar conceptos deformados y exagerados de nuestra religiosidad muy a tono con ciertas estructuras mentales extrañas a nuestro medio. Como triste resultado nos hallamos con la presentación de un catolicismo latinoamericano de "segunda mano", donde campean supersticiones y valores tradicionales del todo opuestos al progreso técnico. Élités aburguesadas e ingentes masas subproletarias al borde de la desesperación, una religiosidad escatológica sin preocupaciones terrestres, y demás sutilezas, que en la mayoría de los casos son tan aplicables al catolicismo latinoamericano como al de cualquier otro continente. Basta viajar, con los ojos abiertos por la vieja Europa, para curarse de espantos.

Dejan esta impresión muchos de esos ensayos sensacionalistas que, bajo capa de ciencia sociológica, estudian la situación religiosa en América Latina, el cambio social y sus repercusiones en el catolicismo de este continente.

Sorprende ver aplicados a la realidad latinoamericana, casi en exclusividad, esquemas conceptuales que con escasas variantes lo mismo pueden ser vale-

deros para Chile o Guatemala que para Birma o Tanzania. Deberían comprender estos cruzados que existe un estilo de vida típicamente latinoamericano, resultado de la interacción secular de fuerzas geográficas, históricas y culturales de difícil comprensión. Esto es, en parte, debido a las múltiples tonalidades culturales y subculturales de las diferentes naciones del continente. Estos escritores llenos, por otra parte de intenciones laudabilísimas son, las más de las veces, inquietos viajeros que, tras un viaje relámpago por algunas repúblicas ya se sienten suficientemente informados para tocar la sirena de alarma y llenar libros y folletos de grandes afirmaciones sobre el pasado histórico de las naciones latinoamericanas, su realidad presente y porvenir.

Un conocimiento más profundo de la historia y una estancia más prolongada de estudio y contactos con toda clase de personas encauzarían la propensión de algunos autores a lanzar juicios apriorísticos o precipitados sobre los problemas latinoamericanos.

Realidad social y religiosa

Algunos estudios parecen una enciclopedia en miniatura donde sus autores intentan desplegar su saber sociológico. Ya han hecho clásicos los aspectos cuantitativos y cualitativos del cambio social. El aspecto cuantitativo les permite mostrar sus conocimientos demográficos con una serie de consideraciones sobre los índices de fertilidad, natalidad y mortalidad de los di-

R. B. SAGUES

versos países del continente. El aspecto cualitativo les brinda una ocasión no desaprovechable para dictaminar sobre los sectores primario, secundario y terciario de la economía los problemas creados por la creciente y rápida urbanización del continente, la transformación del mundo rural con su anticuada estratificación social, sus latifundios y minifundios, sus familias patriarcales o matriarcales y la presumible evolución ideológica de las grandes masas marginadas de la población a medida que se abran y horaden nuevas y modernas vías de comunicación.

Naturalmente para dilucidar la actitud de la Iglesia frente a esta brusca transformación social no falta el consabido "aperçu historique". Así, nos enteramos de las intenciones ambiguas de los conquistadores, del monopolio exclusivo del alto clero y la Inquisición sobre toda clase de actividades durante el período colonial, del tono anticlerical y antireligioso del movimiento de la Independencia, inspirado en los credos de la revolución francesa, y del carácter decididamente laicista y anticatólico de los regímenes liberales, que no hicieron por otra parte, sino prolongar las caducas estructuras sociales de los tiempos coloniales.

Semejante descripción, no exenta de ingenuidades sociológicas e históricas, suele mostrar a la Iglesia en una situación sumamente precaria. La escasez del clero es alarmante. La explosión demográfica se lleva parte de la culpa. El "décalage structurel" o "structural lag" es clarísimo. Las estructuras pastorales tradicionales quedan ancladas en el pasado, sin adaptarse a las nuevas exigencias de este vertiginoso ritmo de transformación. A esto hay que añadir un sombrío "décalage culturel" o "cultural lag" debido al hecho de que los canales de transmisión de la tradición religiosa se han anquilosado peligrosamente en rígidas estructuras sociales de tipo rural. Como triste consecuencia, en esta civilización técnica y urbana que se va formando, grandes masas de la población permanecen al margen de la vida cristiana en un continuo proceso de descristianización. De este modo nos encontramos ante un catolicismo vacío de contenido, ritualista, mágico, formalista, escatológico, clerical supersticioso, disfuncional, incoherente, desintegrado, sentimental, medallero, pueril sin auténtica dimensión social y humana, "decorativamente cristiano" para usar el ya célebre término de Maussian, y lleno de frustraciones. Y como colofón nos venimos a enterar de que América Latina nunca ha sido en realidad evangelizada profundamente ("en profondeur").

Ni religión interiorizada ni espíritu de pertenencia a la Iglesia

Este es el cuadro desolador y pesimista del catolicismo latinoamericano, que con demasiada frecuencia presentan ciertos ensayistas europeos y norteamericanos. Basados en datos muchas veces incompletos, no parecen tener reparo alguno en exponer alegremente que no existe una verdadera motivación interiorizada del cristianismo en América Latina ni una actitud de pertenencia a la Iglesia en cuanto tal. Las motivaciones de una gran parte de los cristianos latinoamericanos corresponden a una función de la religión meramente biológica y cosmológica. Es decir, las normas

religiosas se interiorizan en América Latina en un plano de meras aspiraciones naturales, salud personal o de los seres queridos, éxito económico o afectivo, destino de los difuntos familiares, preservación de un mal cósmico etc. El cristiano latinoamericano dice mil plegarias y practica incontables devociones religiosas con la sola motivación de que Dios le conserve la salud o le conceda un tiempo favorable para recoger una buena cosecha. Las grandes masas marginadas de las ciudades industriales tampoco encuentran en la Iglesia la seguridad psicológica de paz del alma, tranquilidad de espíritu y remedio para la angustia del hombre moderno que buscan en la religión.

El latinoamericano es tradicionalmente católico porque ha nacido en un continente de cultura católica que le inclina conaturalmente hacia el bautismo, primera comunión, matrimonio religioso, sepultura eclesiástica, peregrinaciones y toda clase de ritos y devociones, sin que esto implique una conciencia clara de afiliación a la Iglesia. La cultura de la nación y del medio ambiente bastan para explicar su sentimiento religioso. El latinoamericano no se identifica con la Iglesia ni está verdaderamente integrado en la sociedad religiosa.

La conclusión lógica de este análisis es obvia. Mientras las costumbres tradicionales y la cultura del continente se mantengan intactas, la observancia de la religión será respetada. Pero cuando inevitablemente los cambios sociales —industrialización, urbanización, migraciones interiores, medios masivos de comunicación— irrumpan en esta cultura tradicional, la unanimidad de la cultura y, por tanto, de la fe se diluirán como por ensalmo.

Necesidad de una búsqueda más cauta

Cabe preguntarse con qué seriedad científica pueden lanzarse generalizaciones de tal calibre y otras más que pueden fácilmente recogerse en obras dotadas, por otra parte, de innegables virtudes. Quequamos con la triste impresión de que sus autores no se han esforzado en demasía por comprender el genuino sentido de la religiosidad latinoamericana, ni su auténtica hondura. Se advierte un celo excesivo por encasillar en ciertas hipótesis previas los muchos aspectos negativos del catolicismo latinoamericano sin antes haber penetrado con profundos conocimientos antropológicos en sus aspectos positivos. ¿Qué pensarán de esas audaces interpretaciones tántos pútricos y religiosos de ambos sexos que durante 20, 30, 40 y 50 años han pasado sus vidas en diario contacto con el pueblo por todas las latitudes de América Latina? A muchos de ellos les será imposible reconocer en esa caricatura de algunos "especialistas" el catolicismo vivo que, en medio de dificultades sin número, han tratado de desarrollar con toda abnegación y buena voluntad durante muchos años de apostolado.

Pensamos sinceramente que estos autores deberían exigirse mucho más en el manejo apropiado de las teorías sociológicas. No es justo lanzar al mercado hipótesis y categorías tan generales, que se resisten a toda honesta comprobación.

Toda ciencia seria es cauta y equilibrada en sus juicios y formulaciones generales. Algunos sociólogos

que han tratado de temas latinoamericanos parecen haberse olvidado de esta norma básica. No es serio escudarse en hipótesis de trabajo para desparramar a los cuatro vientos toda clase de aseveraciones preconcebidas.

Se ha insistido demasiado, con una monotonía exasperante, en los aspectos menos esplendorosos del catolicismo latinoamericano. Ni los negamos ni los refulgamos. Algunos de ellos saltan a la vista. No somos partidarios de un catolicismo triunfalista. Pero han dejado sin estudiar precisamente esos intangibles valores, de auténtica raigambre evangelica, que han hecho posible el mantenimiento de la fe y la cultura catolicas durante varios siglos, en un continente dilatadísimo e ignorado por el mundo católico hasta hace unos años y a pesar de obstáculos sin cuento casi insuperables. Donde otros países tal vez hubieran resbalado, América Latina se ha mantenido con firmeza. Si estos autores hubiesen encauzado sus energías al descubrimiento de la raíz y substancia de esos valores reales del catolicismo latinoamericano que han hecho posible su sobrevivencia, habrían dado un paso de gigante en el campo de la sociología religiosa latinoamericana. Un conocimiento y utilización más racional de estos valores podrían ser la clave para resistir con una nueva juventud al empuje temible de la industrialización, urbanización, migraciones, medios masivos de comunicación y demás cambios sociales.

Estos valores auténticos no tratan, ni mucho menos, de ignorar los ineluctables cambios socio-culturales, ni de frenarlos, ni de ofrecer una religión caduca a una nueva sociedad en vía de desarrollo y transformación. La búsqueda atañosa de estos valores subyacentes que guían el comportamiento religioso del pueblo latinoamericano debería ser una preocupación acuciante de sociólogos de la religión y antropólogos de la cultura. Sin un conocimiento adecuado de la cultura en su totalidad será difícil valorar el comportamiento religioso de los individuos en particular. Y siendo la cultura un precipitado de la historia, suena a redundancia afirmar que un conocimiento de la historia latinoamericana, interpretada sin prejuicios ni apriorismos, es también un requisito necesario.

«¿Cuáles son esas magníficas reservas morales y espirituales del continente latinoamericano?» «En qué consiste la honda religiosidad del hombre latinoamericano?» «¿Cómo canalizar mejor y proyectar hacia el futuro su enorme amor a los valores familiares, a la libertad, pasión por la vida, su alegría de vivir, su falta de prejuicios raciales, su generosidad y nobleza, su fidelidad y adhesión a la tradición religiosa, su inclinación hacia lo sagrado, sus inquietudes vitales, su sentimiento del honor, su envidiable depósito de fe cristiana transmitido y conservado en su esencia hasta nuestros días?» «¿Están seguros ciertos especialistas europeos de haber penetrado con sus hipótesis y generalizaciones en la verdadera esencia del comportamiento religioso del católico latinoamericano?» No creemos que hayan examinado cuidadosamente ni los valores acumulados en varios siglos de estilo de vida peculiarmente latinoamericano ni la verdadera naturaleza de sus esquemas de pensamiento, creencias, motivaciones, actitudes y sentimientos. En una palabra, sospechamos que no han entendido la herencia social total de las sociedades religiosas y políticas de América Latina.

Positivos valores latentes

Un poco más de reflexión, y en algunas ocasiones algo más de comprensión y delicadeza les llevaría a ponerse algunas preguntas. ¿A qué se debe el que algunas de las iniciativas más audaces y originales de la Iglesia de hoy tanto apostólicas como litúrgicas y pastorales, hayan brotado precisamente en América Latina? ¿Por qué ciertos movimientos o ideas nacidos en Europa han tenido mucho más aceptación y resonancia entre los católicos latinoamericanos que en su continente de origen? Todo esto parece indicar que hay profundos valores subyacentes muy dignos de un estudio más riguroso y atento por parte de los especialistas extranjeros. La esperanza del mañana debe construirse sobre una visión positiva del mundo. Tal vez se deba a estos valores latentes el que obras y organizaciones admirables como el CELAM, SUTATENZA, FOMEQUE, FE Y ALEGRÍA, LEGIÓN DE MARÍA, CURSILLOS DE CAPACITACIÓN SOCIAL, CURSILLOS DE CRISTIANIDAD, MOVIMIENTOS APOSTÓLICOS DE CARÁCTER UNIVERSITARIO Y FAMILIAR, ORGANIZACIONES CATEQUÉTICAS, PARTIDOS DEMÓCRATAS DE INSPIRACIÓN CRISTIANA, MUNDO MEJOR, MOVIMIENTOS COOPERATIVISTAS Y OTROS MÁS SE HAYAN DESARROLLADO O NACIDO CON FUERZA ATROLLADORA EN AMÉRICA LATINA Y NO EN OTRAS PARTES.

Necesitamos estudios respetuosos y equilibrados. Queremos soluciones para los problemas de América Latina debidamente aculturadas. Ciertos autores dan muestras de una ingenuidad sin par cuando proponen grandes orientaciones que prácticamente ya se conocían desde los albores de la conquista. A título de ejemplo podemos insinuar que el carácter profético de los seglares era ya reconocido en documentos oficiales de los años 1582 e incluso la atención de los pueblos de doctrina era encomendada a un diácono e inclusive a estudiantes debidamente examinados y aprobados por el obispo. Algo que recientemente se ha discutido y propuesto en el Concilio Vaticano II.

Al escribir sobre América Latina les convendría a algunos especialistas tener en cuenta las normas tan sabiamente expuestas por Margaret Mead en su obra *Cultural Patterns and Technical Change*. Siguiendo sus indicaciones los sociólogos europeos y americanos deberían caer en la cuenta de que su propio comportamiento, creencias y actitudes no son universales ni axiomáticas, y comprender que sus modos de pensar, sentir y juzgar el comportamiento de los demás son —como la conducta, creencias y actitudes de los que están enjuiciando— aprendidas y tradicionales. Harán muy bien en considerar que las creencias y actitudes de la gente tienen una utilidad funcional. Proporcionan a cada individuo una continuidad en su personalidad. Sus creencias y prácticas le ayudan para dirigir su comportamiento diario y resolver sus problemas de relaciones interpersonales. Estas viejas creencias y prácticas tienen una verdadera importancia para el individuo. Satisfacen sus necesidades religiosas más primitivas y hallan en ellas su identidad religiosa. Hacerse cargo de ellas, en vez de atribuirles a supersticiones, magia ritualismo o ignorancia, es un paso en firme para adaptarle a los cambios sociales de una manera mucho más humana. Ante todo, es interesante conocer tanto el punto de vista de los individuos ex-

(Finaliza en la pág. 295)

presentada, y apela solamente a la fe sobrenatural.

Este dominio de la imagen y del símbolo es un campo en el cual todavía andamos muy a tientas, pero que ciertamente debe ser para nosotros un punto de investigación muy importante durante la evangelización

He aquí algunas reflexiones que son para todos nosotros objeto de búsqueda y de enriquecimiento y que nos ayudan también a descubrir o al menos a conocer mejor ciertos rasgos característicos del hombre que somos, rasgos que a menudo se ocultan con todo el desarrollo de nuestra civilización.

Por lo que respecta a nosotros, en todo caso nos encontramos frente a una evolución rápida de una sociedad que había permanecido estática hasta ahora. ¿Cuál debe ser nuestra actitud frente a esta evolución? Es necesario tratar de mantener la mente lúcida y de evitar, me parece, dos peligros que nos amenazan el primero, caer en el arqueologismo, que quiere conservarlo todo y que no viene a ser otra cosa que folklore; el segundo, optar solamente por la evolución y creer que el progreso es infalible, da ni descriptiva, pero que dice todo en su brevedad. Y aun si nosotros, los misioneros, encargados

Para empezar, está bien que nos digamos que nos encontramos frente a hombres libres, y que la vida tiende hacia un cierto progreso. ¿Quiere esto decir que debemos limitarnos a apostar si ellos harán buen o mal uso de su libertad? Es una cuestión eterna que se plantea al hombre y que sólo puede ser respondida por cada individuo solo y, a través de él y de los demás, por cada sociedad. Esto quiere decir también que no tenemos el derecho de frenar la marcha de la vida. Nuestro papel de amigos consiste en estar allí, en nuestro lugar de amigos, suficientemente respetuoso y suficientemente cerca a la vez, para poder ayudar. Es cierto que nuestra presencia, hayámoslo querido o no, ha acelerado la evolución, pero es mucho más cierto que, aun sin nuestra presencia, esta evolución hubiera tenido lugar. Y hace falta darse cuenta de que jamás habrá progreso, cualquiera que sea su dirección, sin una cierta pérdida de cosas positivas (excepción hecha, creo, del progreso de la caridad divina en nosotros) Raissa Maritain dijo que "civilizar es espiritualizar". He aquí, en mi opinión, una definición ni detallada anunciar el mensaje de Jesucristo, tenemos en vista el bien global de los hombres con los cuales

vivimos, al ocuparnos de múltiples cosas materiales debemos orientarlo todo hacia Aquel que está al final de toda civilización y en la cima de toda espiritualización Dios conocido y amado.

Frente a los innegables progresos de nuestro pequeño rincón de selva y de este pequeño grupo de hombres sin influencia en el mundo de los poderosos, a menudo siento pánico porque me doy cuenta muy clara de que es mucho más fácil ocuparse de las cosas materiales, de lo que se ve y se toca, de lo que, en una palabra, satisface nuestra sensibilidad, incesantemente deseosa de eficacia inmediata, que ocuparse de las cosas espirituales. Verdaderamente, en este punto nuestra responsabilidad es grande si no los ayudamos a armarse de virtudes cristianas, ¿qué llegarán a ser? Dios nos tomará en cuenta de esto que sólo nosotros hemos podido dar.

Santa María de Erebató, abril 1967

COMPRESION DEL CATOLICISMO...

(Viene de la pág. 281)

puestos a la brusquedad de los cambios sociales como las raíces profundas de su experiencia religiosa Hay que guardarse contra toda solución o hipótesis aparentemente lógica Es necesario profundizar más, no ya en las funciones manifiestas de ciertas prácticas religiosas fácilmente visibles, sino en sus funciones latentes que posiblemente nos permitirán comprender por qué muchos comportamientos religiosos o sociales persisten, aunque su propósito manifiesto aparezca deformado o simplemente irrealizable Esto debe inducir al sociólogo a la expansión de sus horizontes analíticos y a la búsqueda acuciosa de los efectos escondidos y latentes de ciertas costumbres religiosas que a primera vista pudieran ser atribuidas a supersticiones o simples motivaciones primarias.

Finalmente, estos estudiosos deberían no olvidar que está todavía por nacer la persona emocionalmente indiferente a su propia cultura Algunos antropólogos sostienen que los valores religiosos profundamente enraizados en las costumbres y usos de una sociedad constituyen la esencia más pura de la cultura Se engañaría el sociólogo que se imaginara la desaparición de estos valores a la primera sacudida o que exclusivamente se fijara en sus aspectos disfuncionales y negativos, perdiendo de vista la armonía riquísima e integrada del conjunto Por otra parte, no existe todavía una ciencia completa del conocimiento que permita predecir con exactitud de qué manera los individuos responderán a largo plazo a los cambios sociales de nuestra época